

En el Colegio del Rosario

Ofrecimiento de un acto

Señor Ministro, Ilustrísimo señor Rector, señoras, señores:

¿Cómo impedir el escape de la serenidad ante público tan respetable, que descarga sobre mi juventud inexperta todo el peso de su sabiduría? No obstante, me atrevo temblando. El acto es solemne, y siento que mi espíritu trepida de emoción.

Trátase de quemar en este día, de serena belleza para Colombia, el incienso de la admiración y del cariño a la memoria transparente de don Ricardo Carrasquilla, padre carnal de nuestro padre del espíritu, el sabio rector del claustro de Cristóbal de Torres. No vengo a hacer el elogio del eximio ciudadano. Otros, después de mí, ocuparán esta altura y os contarán sus glorias y virtudes. La alabanza en mis labios sería lánguida. Bien débil es la llama de mi entendimiento, y torpe es mi lenguaje. En cambio, el corazón quiere estallar, porque es potente la presión de la sinceridad que encierra.

Lejos del vasallo está el presentar sus harapos al señor que lució manto real; mas, no le es prohibido besar el borde de su manto y cariñosamente modular a su oído: señor, tú eres fuerte y sabio, y has vivido la vida con serenidad; acepta mi alabanza con agrado, porque van en ella un pedazo del corazón y un suspiro del alma.

Y a la emoción que invade mi ser al solo nombre de Ricardo Carrasquilla, únese otra no menor: la que me causa en estos momentos la presencia de uno de los varones más preclaros de la Iglesia y de la Patria. Admiro en don Ricardo su vena exquisita y festiva, salpicada en veces de agradable ironía; su portentosa obra en el ma-

gisterio, pregonada por miles de discípulos, frutos jugosos del maestro, y su palabra encendida en la hoguera de la filosofía cristiana; pero lo que más cautiva mi alma es su obra gigante: monseñor Rafael María Carrasquilla.

¿Qué más rico tesoro pudo legar a la Iglesia, a la Patria y a este Colegio Mayor, el chocoano admirable? ¡Feliz padre que nos dejó hijo semejante; hijo afortunado que tuvo la gloria de ser engendrado por padre tan excelente!

Dignaos aceptar, señor rector, este modesto pero sincero homenaje, que en este día de alborozo han querido tributar el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y el Centro literario *Ricardo Carrasquilla*, a la memoria perfumada de vuestro progenitor inmaculado.

IGNACIO NARANJO ARANGO

1927—VIII—XXI.

Discurso

Al encadenar unas cortas consideraciones sobre el espíritu y la obra de don Ricardo Carrasquilla, me permitiré, señores, desempolvar primero recuerdos muy íntimos que me sirven de eslabones principales.

Junta flores lozanas de su huerta el escolar más pobre, para llevarle al maestro, en el día de su santo, ya que no más ostentosos regalos, un fresco ramillete cuyo perfume intensifica la conmovedora sinceridad de la intención.

Precisamente, fue en mis días escolares y en mi tierra natal cuando y donde leí por primera vez los versos del santafereño de Quibdó. Allá, lo digo sin empacho, se le conoce poco. La ya olvidada citología de Restrepo me mostró las redondillas de *El abrazo* y no volví a ver la firma del suave maestro sino al pie de la «breve y modesta autobiografía», en un libro de lectura ideológica primorosamente arreglado por tres pedagogos rosaristas. Creo

que fuera de *El abrazo* y la *Autobiografía*, muy poco, de lo poco que escribió don Ricardo, conocerán los niños del Valle del Cauca.

Y es el momento de condensar las vagas impresiones que esa lectura me dejó, para incorporarlas en la apreciación personal de una obra poética y docente, cuya riqueza de motivos y ejemplos no podrán negar los desmenuzadores imberbes de este siglo.

En este tiempo no podía justipreciar en la obra poética de don Ricardo los dones primordiales de facilidad y sencillez. En ese incauto despuntar de nuestras actividades mentales no disponemos todavía de la visión refleja de las ideas y de las cosas, para mirar a través del pensamiento expreso, las circunstancias que presidieron a su elaboración, la calidad del material invertido y los alcances del impulso individual. Tal así, cuando los niños echan a bogar un barquichuelo, no reparan en el esfuerzo leve con que las aguas del estanque le ofrecen, mediante plenitud y anchura suficientes, el piso blandísimo sobre el cual se desliza su frágil envergadura de papel.

Pero esa impresión fugaz dejó a su paso, en los rincones misteriosos de la conciencia, una simiente provechosa. La *Autobiografía* me dio una lección de humildad; *El abrazo*, una lección de patriotismo. Aquélla, vaga y potencial apenas, ya que las lecciones elementales se interponen como un tabique entre la conciencia pasiva del discípulo y la virtud activa del maestro, y no se me había revelado la personalidad moral del autor de los *Sofismas anticatólicos*, no sabía, lo que he sabido después, de su legítima prestancia y apostólico influjo sobre una generación que ha producido los más grandes talentos y virtudes de Colombia, para que pudiera evaluar el efectivo peso de esta socarrona declaración rimada:

Nací pobre, triste y feo,
poco después profesé
de maestro....
Más tarde resulté bardo,
malas coplas escribí
y hasta mi nombre perdí:
hoy me llaman don Ricardo.

La lección de patriotismo, sí fue clara y precisa, porque penetró por las entendederas del sentimiento y porque sorprendió mis entusiasmos de primavera aún no deslumbrados por inevitables decepciones. De tal modo tocaron las fibras de mi sensibilidad naciente, la gentil actitud y el gesto hidalgo del Libertador al abrirse paso entre apiñada muchedumbre para satisfacer el fervoroso anhelo de una anciana, de tal modo sugirió ese rasgo toda la fisonomía interior del inmortal caraqueño, que después, cuando la he visto presentada con sombríos colores, no sé si es la persistente sugestión de la infancia lo que me impulsa, casi contra las restricciones de mi mente, a rechazar una imagen que no encaja desde luego con el arquetipo prístino y seductor.

La sencillez y la espontaneidad que sellan de manera inconfundible las *malas* coplas de don Ricardo, vienen a fundirse, como condiciones primarias, en una dote peculiar del ingenio, equívoca muchas veces en su dirección y resultados, incubada casi siempre en antitético lecho de lágrimas, y, en el presente caso, siempre fija, siempre atenuada en sus extremosidades peligrosas y encaminada siempre por el más noble sendero de una cristiana actividad. Esa modalidad psíquica cuya denominación no más se prestaría a confusiones de origen, ya mirándola como injerto sajón, ya como planta de pura estirpe andaluza, es el humorismo.

El humorismo, el buen humor de don Ricardo es ya lugar común de nuestra literatura.... y cómo no, si esa

ingénita gracia se desparrama hasta los arranques más severos de su gallarda inspiración! Anotad, si no, para no hablar de los sofismas, el toque de levisima insinuación burlona que en *El abrazo* prepara el efecto dramático del final:

Mas la multitud ardiente
en vez de abrirse se apiña,
y por más que se la riña,
ni un paso a cejar consiente.

Si no se contenta con aquella infecunda tradición literaria que transmite de boca en boca y de pluma en pluma las cualidades artísticas de un autor y una obra, determinando juicios estereotipados o indirectas sensaciones de conjunto, y suplantando así la personal experiencia, cualquiera que se acerque a las coplas podrá advertir ese tono de sostenida alegría, esa chispa que abriga los descoloramientos furtivos, ese gracejo imprevisto que salpimenta los más desapacibles asuntos, y en todo, ese ambiente de frescura y diafanidad que nos hace pensar en la mañana veraniega del campo.

Pues el humor de don Ricardo es el prado campesino por la mañana: fresco y perfumado el aire, limpia y extensa la verdura, diseminados aquí y allá los árboles y arbustos o enfilados a veces en graciosas alamedas que no trazó la desesperante rectitud del compás.

No es el vistoso prado de los jardines públicos, donde la virgen naturaleza, arrancada de su natural recinto, sacudida por el látigo inclemente del domador y obligada a hacer inverosímiles piruetas, busca efectos inusitados que apenas guardan conexión con su propio y primitivo sér.

Allá, en cambio, los pájaros cantan porque pasaban por ahí y era la hora de cantar; los árboles se prestan sumisos al melodioso ritmo de los vientos; adorna el trémulo rocío, sin presunción de lujo, la púdica garganta de las hierbas; brota la alegría matinal para sí misma y no para

el afortunado poeta o mero transeúnte que logra disfrutarla. Y sin la venia de público falaz, el drama vital sigue desarrollándose cuotidianamente.

Este es el humor, el buen humor, que contiene sencillez y gracia y espontaneidad y finura y que se cifra, por último, en la alegría balsámica.

Y esta alegría, nodriza arrulladora de gemidos, fue la que nos vino de España. La trajeron de las playas de Sanlúcar los Riveras de Carrasquilla. Se contrajo y tonificó en la gimnasia del heroísmo. Con sangre redentora abonó el terreno para sus frutos preciados.

La feracidad y lujuria de las tierras andaluzas, la conmoción secular de tantos sucesos que presencié el Mediodía, las alternativas de fastidio enervante y entusiasmo creador que acometen a los soñadores hijos de Bética, engendraron esa alegría francota y zumbona que se condensa en buen humor «cuando surge—al decir de Pirandello—el contraste entre la repugnante desnudez de la vida, vista tal como es, y los ilusorios velos con que la humanidad, torpe e ingenua, la cubre». Tiene poco de la sutil ironía francesa, flor de escepticismo; y menos del *humour* inglés, pausado y socarrón, flor de melancolía. La alegría española es flor de fe. Confiada y confanzuda, afila sus armas en la sociabilidad *campechana*, se burla con donosa cautela, pero satiriza sin el rebozo irónico hasta llegar al sarcasmo.

El tipo máximo del humor español es Miguel de Cervantes. Los desengaños de amargada existencia, las depuradas reacciones ante la mezquinidad del espectáculo humano y esa visión genial y, por lo mismo, inconsciente e inadvertida que vislumbra los conflictos de las cosas y de los hombres, combinados fueron, con acertada lentitud, en la retorta mirífica. Y resultó una substancia de olor indefinible y recatado sabor, cuyos efectos probados en el

orbe entero, se muestran a cada paso en alegría conturbadora y maliciosa comprensión de la vida.

¡El ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes! No sé cómo al conjuro de ese nombre sublime surgen, como por íntima telepatía, otros más que ya me venían susurrando, al correr de los días, el problema del humor en sus relaciones con la vida, reagrado ahora con los factores que el tema conmemorativo agrega.

Desde luego, la figura de don Ricardo describe el círculo concéntrico más amplio de la serie iniciada por la piedrecilla de mis primeras observaciones. Al principio creía yo que el escritor que llaman de buen humor era, como hombre, el más feliz de los mortales. El pensamiento y la palabra son una sucesiva revelación de secretos, que como en más alta esfera espiritual las *Moradas* de la vidente avilesa, van presentando estancias progresivamente superiores. En la superficie del humorismo vi al gracioso, al hombre de chiste que juega con los triviales conflictos de la realidad común. A su lado, y más a lo hondo, vi al payaso que, definido magistralmente por un notable escritor argentino, «es el hombre que ha renunciado a su dignidad y ha comparado con el desprecio de los demás el fuero de castigar a los que le rodean con la implacable persecución de su burla». Luego, Juan de Dios Peza, con una lección lírica de amargo romanticismo, me abrió un poco más los ojos. Por la virtud del dulce y sensitivo mejicano, representa Garrick en el proceso de mi flaca idealidad lo que la primera escena de sangre y el primer ajeno dolor que presenciamos, representan en el campo de la realidad sensible. ¡Qué melancólica repercusión tienen ahora estos versos dolientes!

Ay! cuántas veces al reír se llora,
Nadie en lo alegre de la risa fíe!,
Porque en los seres que el dolor devora,
El alma llora cuando el rostro ríe!

Brutal sacudimiento me causó después Víctor Hugo; cuando menos lo esperaba empecé a penetrar en el oscuro abismo de la alegría dolorosa. Merced a ese poder de sublimar la antítesis hasta tocar los linderos de la monstruosidad, rasgo acentuadísimo de aquel «poderoso visionario», la impresión neta y definida que gravaron en mí las aventuras, un tanto grotescas, del *Hombre que ríe* y la tragedia dramáticamente pergeñada, del bufón Triboulet, me hicieron concebir la idea de las manifestaciones pasionales como conflictos de fuerzas contradictorias.

Es Groynplaine, el deformesaltimbanqui cuyo desmesurado rictus hace carcajear a la muchedumbre y meditar al viejo filósofo. Es el maleante bufón que mientras da qué reír a los cortesanos, deja raptar a su hija por el monarca licencioso y bien pronto se ve obligado a ahogar su loca risa con un sollozo de rabia.

Más tarde, cuando el áspero limar de la experiencia fue suavizando poco a poco las aristas de mi sér, paseándome por la tupida floresta del pensamiento español, dí con la mujer más grande de mi raza, la transverberada del Carmelo. Ella supo decirme, con la sublimidad ingenua de su estilo y la heroicidad indeficiente de su vida, que el problema que me atenaceaba no se resolvía con la simultaneidad necesaria del sumo dolor y el sumo deleite. Que ella había padecido lo indecible en su cuerpo y más aún en su camino de perfección, pero que tantas contrariedades y molestias no le habían negado el espacio suficiente para verter su alegría retozona, su casto gracejo. Y me hubiera dicho con alguna de esas comparaciones deliciosamente claras que extraía de los menesteres ordinarios, que para que el niño ría es necesario que la madre lllore.

Al volver a mirar las facciones de severo perfil que la paleta insuperable de Garay resucitó a la vida del arte: la sabia curvatura de esa frente, la mirada a un tiempo fran-

ca y benévola, frondosa la harba y desatada como selva que ha sufrido más de un vendaval, el puño alerta para atrapar en la grácil pluma los vuelos furtivos de la idea y ese porte magistral y esa traslúcida franqueza, se me viene a las mientes el apólogo que un mozárabe discreto le refirió una vez al califa de Córdoba: vaya para terminar.

Erase un rey de lejano país, que no sabiendo nada él, deseaba que su hija única aprendiera la ciencia de Alá. Pero la niña, de suyo vivaz y comprensiva, se dejó alucinar por las cosas fáciles y pasajeras de la vida, por aquellas que basta alargar la mano para disfrutarlas; aborrecía la facha torva de los maestros que le proporcionaba su padre y, con angusta dejadez, oponía las facilidades y deleites inmediatos a la compensadora dificultad del saber. Y aconteció que un joven filósofo, silenciosamente prendado de la casquivana heredera, se le ofreció al rey para enseñarla no con ese carácter y título contraproducentes, sino haciéndose pasar por juglar o trovador, pues había descubierto, en alquimia dolorosa, la fórmula de divertir sin divertirse. Y así como los joyeros de vuestro alcázar, oh Comendador de los creyentes!, recubren con baño de zinc la chapa de oro que trabajan y, a través de la costra desapacible, dibujan las figuras o letras que luégo han de surgir en la placa tersa y abrigantada, así el disimulado maestro no perdía ocasión de deslizar sus enseñanzas por entre su máscara de juglar y las burlas, jugarretas y chispazos con que mantenía despierto el interés de la virgen. Pero la aurora de un día esplendoroso lo arrebató bruscamente en mitad de sus lecciones sin haber podido lograr, ni siquiera desposarse con su involuntaria discípula, cosa rara en un cuento de hadas. Y tanto se conmovió ella y tanta falta comenzó a hacerle desde entonces su juglaresco preceptor, que se desposó con su memoria, la cual fue como un buril finísimo y luciente que grabara,

a través de la costra desapacible, la palabra del Bien y de la Ciencia.

Me figuro que la juventud colombiana es la dúctil heredera de mi cuento.

Y ahora, queridos compañeros, con buena voluntad y buen humor, aprendamos la lección de don Ricardo.

He dicho.

ARMANDO ROMERO LOZANO

CIUDAD MIA

A MONSEÑOR CARRASQUILLA EN EL CENTENARIO DEL
NACIMIENTO DE DON RICARDO

(Bien advierto que no es la ofrenda digna de la fecha que se conmemora ni del nombre ilustre a quien va dirigida: sea homenaje no la obra sino la sincera intención).

Hubo un tiempo que esta cima de los Andes inviolada,
en alcázares de cañas, por nativos fue habitada,
vio sus odios, sus amores, sus querellas escuchó;
y al nacer el sol inmenso cual una ascua en el oriente,
y al bañarse cada tarde con la sangre del poniente,
sus selváticas ofrendas y sus preces recibió.

El arroyo que serpea rumoroso entre la grama
hasta hundirse en el abismo mugidor del Tequendama,
en su aguaje, de una india el llorar llevó tal vez;
y la brisa mañanera que embalsama la maleza,
de algún indio sosegaba la nostálgica tristeza
por un bien de hombros desnudos, blancos dientes, negra
[tez.